

1149-2515
2/5
Dº

El Comercio Ilustrado

Año I

Periódico decenal, literario, ilustrado.

Núm. 1.º

SUMARIO

TEXTO

LO QUE PASA

por A. Sánchez Pérez.

AMOR PLATÓNICO

por Manuel del Palacio.

Creced... etc.

por Manuel Matoses.

LA VOCACIÓN

por Juan Maillo.

EL ARTÍCULO 118

por Federico Urrecha.

UNA TROVA

por Luis de Ansorena.

MENUDENCIAS

GRABADOS

LOS CAPITALISTAS

por Gros.

¡Lo que hace el pintar bien!

por Cilla.

EN LA CALLE

por Huertas.

En el «Continental Express».

por Cilla.

Los impermeables baratos.

por Cilla.

Los capitalistas, por Gros.



JUGÁNDOSE... HASTA LA CAMISA



MADRID 1.º DE MARZO DE 1890

EL POBRECITO HABLADOR

saluda respetuosamente al público y á la prensa.

LO QUE PASA

Aunque oigan ustedes asegurar que no pasa nada, no ¡lo crean; siempre pasa algo; más interesante ó menos interesante, menos grato ó más grato, de mucha trascendencia ó de poca trascendencia, y hasta sin trascendencia ninguna, eso sí; pero como pasar, lo repito, siempre pasa alguna cosa, aunque solamente sea la vida que *se pasa*, según dijo el famoso Jorge Manrique y había dicho, mucho antes que él, Horacio y otros muchísimos habrían dicho ya antes que Horacio; porque eso de que la vida se va y *se viene la muerte ¡tan callando!* es idea que á cualquiera puede ocurrirle, aunque no sepa expresarla en sáficos adónicos ni en coplas de pie quebrado. Y no vayan ustedes á incomodarse conmigo porque inauguro esta sección, de la cual—sin yo merecerlo ni solicitarlo—me han encargado, con reflexiones algo melancólicas: la culpa no es mía; estas negruras y estas tristezas que lo invaden todo son las señales de los tiempos, y no está en mi mano, por desgracia, modificar los tiempos... ni las señales. Estamos en Cuarema, en el período que comienza con el recuerdo de que *somos polvo y en polvo nos hemos de convertir*, recuerdo que, verdaderamente, no es para alegrar á nadie; y no hace muchos días que nos hemos despedido del Carnaval—en otros tiempos ¡ay! regocijado y bullicioso—afirmando que *pasa* también...; y más vale así, porque, á continuar por el camino que lleva, acabaríamos por encargar de los bailes de máscara á las empresas de pompas fúnebres.

Precisamente los días de *carneistolendas* fueron los escogidos—nadie podrá desconocer la oportunidad—por dos industriales dignos de toda mi consideración, para dilucidar si los féretros de hierro son preferibles á los de cinc; ó si los de cinc son más perennes que los de hierro. Fué un bromazo que comenzó antes del domingo de Carnaval y concluyó (si es que ha concluido, que lo dudo) después del miércoles de Ceniza; y era en efecto conmovedor desdoblarse un periódico en busca de noticias alegres de bailes, de estudiantinas y de mascaradas, y hallarse, un día y otro y otro con esa interesantísima controversia de si los féretros de hierro... etcétera, etc.

A bien que si el mal ajeno puede atenuar, como algunos piensan, las amarguras del mal propio, este bromazo de las *Empresas funerarias* tiene su triaca en el que dieron á sus paisanos dos vecinos de París que, disfrazados respectivamente de *Eyraud* y de *Gabriela Bompart*, esos dos personajes tristemente célebres que aparecen hasta ahora como autores del asesinato de Gouffé, recorrieron algunas calles de la capital de Francia, conduciendo un carretoncillo de mano, encima del cual llevaban un *baúl mundo*.

Me parece que la broma no pudo ser más delicada, ni de mejor gusto; comparado con ese rasgo de cultura, esto otro de los féretros parece casi aceptable.

Y ya que de bromazos se trata, no sería bien que pusiesen en olvido el que los socialistas alemanes han dado al príncipe de Bismark, derrotándole en las últimas elecciones: ha sido un fin de fiesta que el *canciller de hierro* esperaría como coronamiento de obra. Y es que con eso de los coronamientos de las obras suceden cosas muy extrañas: aquí, sin ir más lejos, se trabajó mucho en 1873 para elaborar una Constitución republicana federalista, y el coronamiento de aquellos trabajos fué la restauración de los Borbones.

Por eso digo que hay mucho de verdad en aquello de

«Ninguno canta victoria
aunque en el estribo esté.»

Bismark no estaba en el estribo, sino dentro del carruaje, y cuando se consideraba más seguro, se ve en la necesidad de apearse.

¡Como que hasta el mismísimo Emperador se le ha vuelto ahora socialista!

¡Calle usted, por Dios! ¡Si suceden unas cosas en Alemania!...

No es, sin embargo, para maravillar á nadie que un monarca sea socialista...

Casi todos lo son, allá en el fuero interno de su conciencia—cuando la tienen, que no la tienen todos.—«Todo por el Estado,» «todo para el Estado,» «el Estado ante todo,» son fórmulas sintéticas de un socialismo que encaja perfectamente en los que piensan y dicen, con el monarca francés: *El Estado soy yo*.

Eso es; la fórmula no puede ser más sencilla ni más elocuente: *El Estado lo es todo, y yo soy el Estado*, y se acabó. Esas dos frases constituyen un sistema completo, que es el sistema socialista del emperador de Alemania.

El cual Emperador socialista, y viceversa, también dió su broma zo hace pocos días á sus amados súbditos, ó vasallos, ó como ustedes quieran (que á mí de todos modos me parece mal eso). Pues el emperador Guillermo, como digo, es decir, como cuentan los periódicos alemanes—que yo ni ví la cosa, ni me importa de ello un ardite, ni entro, ni salgo,—mandó que tocasen generala en todos los cuarteles de Berlín. Las tropas se reunieron, el pueblo se alarmó, las hembras se asustaron—y algún hombre se asustaría también—y se redujo todo á colocarse el Emperador al frente de su ejército y dar un paseo por las calles de Berlín. Todo eso indudablemente para demostrar que es muy socialista y que el Estado y en el Estado y para el Estado y... demás monserga del socialismo de antaño.

Mientras el emperador de Alemania entretenía sus ocios paseando al frente de su ejército por las calles de Berlín, algunos obreros sin trabajo manifestaban su hambre con menos ruido por las calles de la capital de España... el gobernador civil, el alcalde—y no sé si alguna otra autoridad—adoptaron precauciones y después, según han dicho los periódicos, proporcionaron trabajo á los manifestantes; si hubiesen empezado por lo segundo, se habrían ahorrado lo primero.

Y cuando las autoridades de Madrid andaban buscando medios para dar trabajo á los obreros que no lo tienen; y cuando en *El Fomento de las Artes* se acomete la plausible empresa de crear una sociedad que prevenga ó remedie los accidentes á que el infeliz trabajador se expone todos los días; y cuando el senador D. Manuel Santana, el laboriosísimo y activo fundador de *La Correspondencia de España*, hace con su acostumbrada esplendidez el donativo de un local para servir de asilo, refugio ó hospital de músicos desgraciados... y cuando todo esto revela de un modo clarísimo que la miseria es general, que el arte decae, que languidece el comercio, que la industria muere, nos da á todos el *Banco de España* la broma de la temporada, indicando el propósito de aumentar su capital en doscientos millones de reales... ¡Bravo propósito! Y sobre todo de oportunidad, como la otra de los féretros á que me he referido antes.

Ahora que andamos todos á la cuarta pregunta, cae perfectamente esa ocurrencia del establecimiento privilegiado que prestando al Estado, y no realizando ninguna otra clase de operaciones, obtiene pingües beneficios. Este socialismo de la Banca española da quince y raya al socialismo bullicioso del Emperador de Alemania.

Y aun hay otras distinguidas y encantadoras (así lo dijo un señor senador en la Cámara alta), que pretenden levantar una *catedral* en Madrid, á costa del Estado... ¡Esto sí que es ya el colmo del socialismo!

Aquí hasta las damas *encantadoras* son socialistas... quieren que el Estado se lo dé todo hecho: cargos y sueldos para sus esposos, instrucción para sus hijos y catedrales para ellas.

«Si lo que gastan en lujo, dijo otro senador, lo gastasen en costear el templo de la Almudena, ha mucho tiempo que podría estar hecho...»

Para dada por un senador y desde los bancos de la alta Cámara, tampoco fué mala esta broma, aunque para mí tengo que á las damas *encantadoras* debe de haberlas hecho poca gracia...

Si Larra... el gran Larra... Larra el bueno, cuyo primer seudónimo ha adoptado este periódico para título suyo, no como quien pretende emular triunfos envidiables, sino como quien desea rendir homenaje á la memoria de un poeta querido, levántase hoy la cabeza, vería que ahora como entonces, hoy lo mismo que hace más de medio siglo, cuando escribía *El Pobrecito Hablador*, todo el año es Carnaval. No hay, es justo reconocerlo, motivo fundado para que el

¡Lo que hace el pintar bien! por Cilla.



gastrónomo delicado se lamenta de la fonda nueva, que en eso de las fondas y *restaurants* y hoteles hemos adelantado algo, aunque no mucho; no hay ya tampoco razón para quejarse de que la *chica se case pronto y mal*, porque ahora suelen no casarse, que ha venido muy á menos eso del matrimonio... pero España continúa siendo el país del *cuasi*; la nación de las cosas á medio hacer; nuestras oficinas las de *vuelva usted mañana*...; que nuestros prestamistas se parecen mucho á los de entonces y si en algo han variado ha sido para empeorar y que la *planta nueva* de que él habló hace ya cincuenta y dos años... no ha sido desarraigada todavía, porque no ha habido empeño en desarraigarla por parte de los que podían y debían haberlo hecho.

Y me parece que ya basta de bromas, no vaya á ocurrir que por ser la primera resulte pesada para los lectores, á quienes saluda con respeto, y *b. l. p. y l. m.* respectivamente,

A. SÁNCHEZ PÉREZ

AMOR PLATÓNICO

Era una noche serena,
y estábamos al balcón,
ella pensativa y triste,
risueño y amante yo.
Llegaban hasta nosotros,
en compasado rumor,
el murmullo del arroyo,
del campesino la voz,
y de la ermita lejana
el monótono esquilón.
Cruzó el espacio una estrella,
y el uno del otro en pos
dijimos quedito:—Un alma

que va á una cita de amor.
—La tuya, mi bien, sería,
pues brillaba como un sol.
—Yo pienso que fué la tuya
por su carrera veloz.
—Así será tu cariño...
—El tuyo.—¡Que sí!—¡Que no!
Y sobre este mismo tema,
con muy poca variación,
seguimos hasta la aurora,
muertos de sueño los dos;
ella pensativa y triste,
risueño y amante yo.

MANUEL DEL PALACIO

CRECED..., ETC.

Me parece, queridos lectores, que no ha de disgustar á ustedes que EL POBRECITO HABLADOR comience desde su primer número por ofrecer á ustedes una noticia satisfactoria.

La de que por ahora el porvenir del mundo está asegurado.

A primera vista parece que la noticia no tiene importancia; pero la tiene y mucha, aunque sólo sea porque contradice á los Merlines y Bug-de-Milhás, que de algún tiempo á esta parte nos vienen asegurando que el fin del mundo está próximo, y que tal día, á tal hora y tantos minutos, reloj en mano, todo esto pegará un espantoso estallido.

Pueden ustedes dormir tranquilos porque nada de eso es verdad. ¡Hay mundo para rato!

Y todo esto lo deduzco yo, no de observaciones celestes, ni de revelaciones misteriosas, ni de pergaminos antiguos traducidos ahora, sino de señales en la tierra, claras y evidentes, exactas y comprobadas.

En un periódico acreditado y serio (como que es un periódico ministerial) leo que en un pueblo de Málaga va á verificarse, antes de que llegue la Semana Santa, un matrimonio en que el novio lleva de dote ochenta y dos años y la novia sesenta y siete.

Con que... ¡para que se acabe el mundo!

Como curiosidad me parece que no verán ustedes por ahí muchas iguales.

Juntarse dos enamorados y reunir sobre un mismo tálamo la noche de novios ciento cuarenta y nueve años, ó sea siglo y medio, no es cosa que se ve todos los días.

El mismo periódico dice que el matrimonio se celebra «por cuestión de conciencia», lo que me hace temer que esos jóvenes han cometido alguna ligereza, y que las pasiones en ellos no están tan amortiguadas como pudiera deducirse de su edad.

Nada, nada. Si él es fuego y ella estopa, y ha venido Satanás y ha soplado, lo mejor es que venga el señor cura y componga los cacharros rotos, ó por lo menos que eche un remiendo á la honra de esa vehemente muchacha.

Otro dato relativo á esa encantadora pareja.

Las relaciones entre ambos han durado la friolera de veintiséis años. De modo que la resolución podrá ser descabellada (porque ellos no deben de andar muy bien de pelo), pero no hay impremeditación.

¡Ah! ¡Si nuestros gobernantes pensaran tan maduramente las leyes no sucedería lo de darnos hoy una ley y modificarla al día siguiente!

Digo que el casamiento ese puede ser descabellado y quizás no tenga en eso razón, porque el pelo que les falte en la cabeza es posible que le tengan en el baúl. En veintiséis años de amor ya se habrán dado rizos como recuerdo. Ahora no tienen más que coger cada uno los suyos y hacerse una peluca.

Espanta la idea de hacer una estadística de las pruebas de amor que esos chicos se habrán dado en los veintiséis años de relaciones. ¡Qué miles de millones de miradas tiernas! (es decir, tiernas antes de ahora, ahora ya deben de ser miradas de mendrugo), ¡qué montones de juramentos apasionados! ¡qué de paquetes de cartas prometiéndose fidelidad! La habitación donde guarden las cartas parecerá una oficina de Correos en tiempos de Mansi, es decir, cuando hay más cartas estancadas.

Hablando francamente, yo encuentro cierta filosofía en esa manera de realizar el acto más importante de la vida: el matrimonio.

«Antes que te cases mira lo que haces», dice el refrán, y por mucho que se miren esas cosas, nunca están de sobra. Ellos, los contrayentes, se han pasado mirándolo toda la vida, han llegado á la época en que las cosas no se ven sino con anteojos de vista cansada, se los han puesto, se han mirado y han debido de decir: «¡Aún no corre prisa!» y ahora, cuando ya no ven ni con anteojos, es cuando toman la resolución de conducirse á tientas al altar.

Eso es de lo más práctico que hay. El amor es ciego, con que no puede haber más amor que el de dos sujetos que ya no se conocen sino «á la palpa», aparte de que esto es lo más práctico: amarse al tacto.

Hay además un espíritu muy práctico en eso de casarse al final de la vida. Si el matrimonio es como decía el epigramista

«la cosa más excelente
que se puede imaginar»

lo previsor es ponerle al final de la vida, como los platos más dulces se ponen siempre al final de la comida.

Y no lo que hacen otros, que á los veinte años se comen el tarro del dulce, cuando llegan á los cuarenta ya no tienen más que espinacas ó acelgas, y de cincuenta en adelante huesos pelados para lo que dure la vida.

Casarse á la edad á que se casan los chicos esos de la provincia de Málaga es además casarse en la seguridad de que el cielo del matrimonio no se ha de ver empañado por una sola nube. De la moza que se casa de los quince á los veinte no hay sociedad de seguros que se comprometa á salir fiadora, ¿pero de la novia mala-gueña? ¡Yo mismo pongo las manos en la lumbré, respondiendo de su fidelidad!

Con que es cosa de felicitar á esos dos novios por la resolución que han tomado y por la época que para ello han elegido. Casarse en Cuaresma es quitar al matrimonio toda idea carnal, si es que aún les queda carne á esos dos enamorados, y puesto que se trata de un bacalao y una truchuela nada más puesto en razón que, siguiendo los preceptos de la Iglesia, reunirse en un viernes de vigilia para no promiscuar sino como Dios manda.

Y vuelvo á la idea con que encabezé este artículo.

¿Cómo ha de acabarse el mundo si ya se casan hasta los que parece que no debieran pensar en esas cosas?

Eso sí. Yo me temo que no puedan cumplir por completo el precepto divino que dice: «Creced y multiplicaos.»

Porque crecer... á los ochenta años ya se han dado todos los estirones que á una persona le corresponden.

En cuanto á multiplicarse... presumo que dirá el novio: «Eso... ¡ya veremos! ¡En fin, se hará lo que se pueda!»

Quisiera yo conocer al novio para poderle preguntar qué tal le iba con la nueva vida.

Aunque presumo que me respondería lo que aquel sujeto á quien le trajeron de América una cotorra de regalo, y por ahorrarse su manutención, la guiso y se la comió. Y cuando el que le hizo el obsequio le preguntó al cabo de cierto tiempo:

—¿Y la cotorra? ¿Qué tal?

Contestó:

—¡Ah, bien, muy sabrosa, pero... un poco dura!

MANUEL MATOSES.

LA VOCACIÓN

En una villa andaluza cuyo nombre no recuerdo (ni hace al caso el escenario para el relato del hecho), nació el héroe de mi historia, digno y único heredero de linajuda familia y, de tan rancio abolengo, que se perdía su origen en la penumbra del tiempo. Sus preclaros ascendientes su blasón enriquecieron contra la morisca chusma luchando en el patrio suelo y en las gloriosas campañas contra el francés y el flamenco, libradas siempre con honra por los castellanos tercios. Azares de la política las riquezas consumieron de sus últimos parientes y, al ver la luz el mancebo, quedábase por herencia de pasado tan espléndido, algunas tierras, un soto y un vetusto castillejo con más grietas que blasones y con más cargas que deudos. Deslizóse en él su infancia, breves los años corrieron con enojo de sus padres que, en vez de un bravo guerrero que renovara las glorias de sus ilustres abuelos, deparábase la suerte un hijo débil y enfermo de carácter taciturno y precoz entendimiento que así el pincel esgrimía como recitaba versos. Irritábase el buen conde con tamaños desaciertos y jurando poner coto á tan indignos excesos, á la ciudad envióle y encerrólo en un colegio *ad maiorem Dei gloriam*, mas con el mandato expreso de que se ahogasen en germen

tan perniciosos intentos. Recomendación inútil con tan hábiles maestros.

No fué muy largo el paréntesis, y cuando ya el noble viejo, á falta de heroicos triunfos y del militar arreo, soñaba para su vástago con la mitra y el capelo, leyó con terror y angustia estos renglones: «Comprendo de tu rigor el motivo; lo esperaba y no me quejo. Parto en busca de la gloria por distinto derrotero del que tu ambición soñaba. Perdona mi loco empeño, padre mío, y á mi madre besa en mi nombre. Roberto.»

.....
Pintar del conde la cólera fuera temerario esfuerzo. Como la lava, ¡en torrentes rebosábase del pecho!... ¡Domado por la impotencia aproximábase al vértigo! ¿Qué se agitaba en su espíritu? ¿Qué oleaje en su cerebro?... ¡Todo su orgullo de raza que amordazaba el despecho! la luz rasgando la sombra, algo evidente, algo inmenso, algo mutilado y roto, aurora y derrumbamiento...

.....
¡Ciertas borrascas del alma sólo las pinta el silencio!

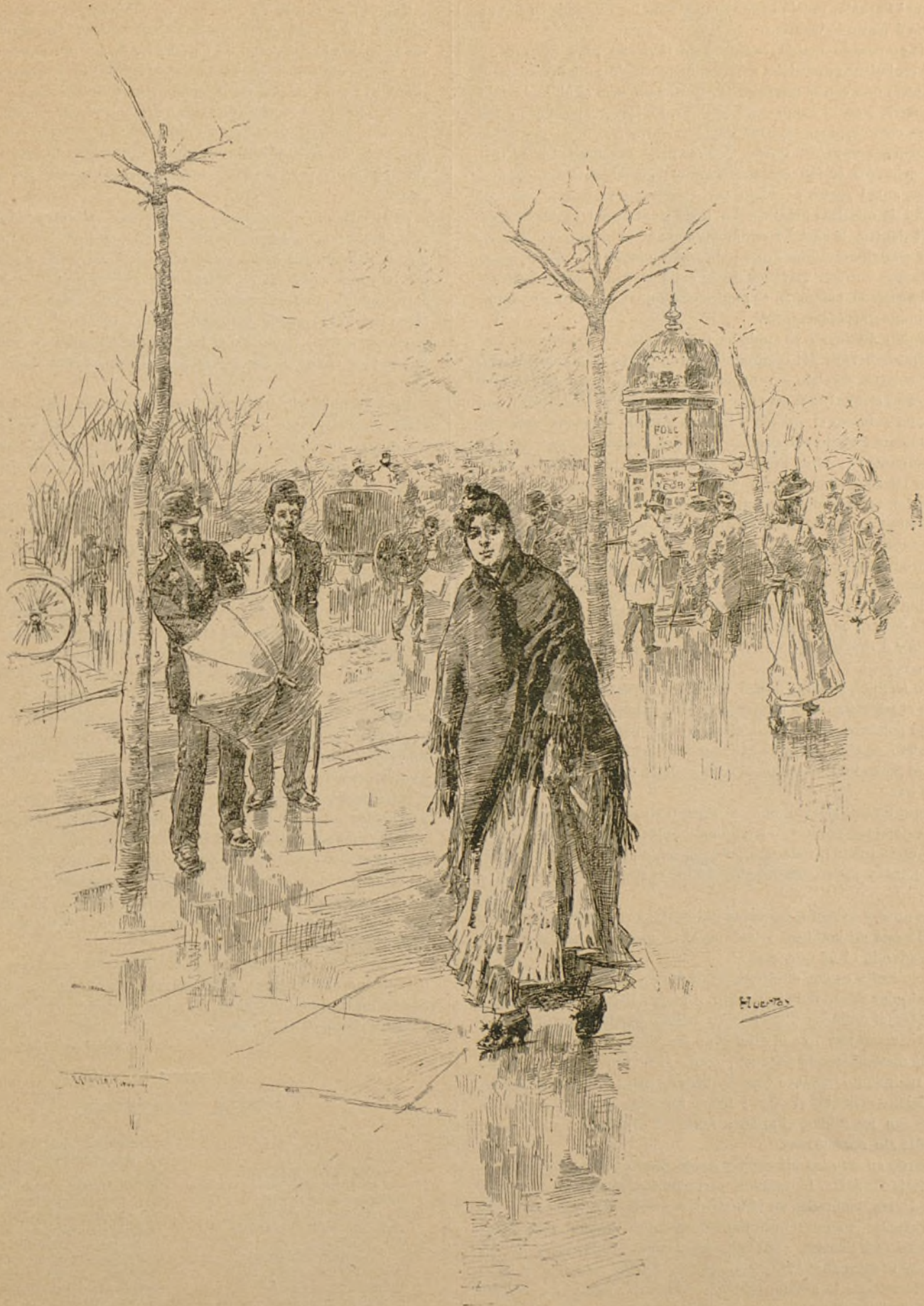
.....
Una voz gritó...—¡Es tu hijo! —Lo fué.—¡Perdónale!—¡Ha muerto!

.....
Ni un grito más, ni una queja, mas al año del suceso del dolor de aquella madre aguardó el sepulcro el misterio!

(Concluirá.)

JUAN MAILLO

En la calle, por Huertas.



«Hágame usted el favor de oírme dos palabras...
sólo dos palabras...» (Música de Chueca.)

EL ART. 118

Ni en los papeles viejos del regimiento ni en archivo alguno militar daríais con trazas de lo que voy á contaros. No tuvo el hecho más testigos que el capitán Rodajo y yo, que éramos entonces soldados de la cuarta compañía, y si me atrevo á contarlos es porque el coronel Pinales murió hace tiempo, y no ha de venir su buena memoria á pedirme cuentas.

Había empezado mal la campaña de invierno para nosotros, y todo el regimiento guardaba amarga memoria de aquellos comienzos. Parecía que con el regimiento entraba en acción el mal genio de la guerra, y en el ataque del molino de Retuerta cayeron los hombres como espigas segadas, dejando claros terribles, que llenábamos con supersticioso terror. Con las primeras lluvias y los tropiezos primeros se fué ensombreciendo el semblante del coronel Pinales, aquel rostro ya viejo, pero varonil y resistente como el cordobán de nuestras hebillas. La mala sombra del regimiento se le metía dentro, le agriaba endiabladamente el genio, ya áspero antes, y contribuía á hacer que todos anduviesen en un pie, temerosos de que con los vaivenes de la mala suerte y las estrecheces disciplinarias de campaña se metiese aquel viejo duro en algún empeño que dejase memoria.

El capitán Rodajo y yo supimos todo lo que voy á contaros, mucho después de salir del regimiento. Gran parte de las malandanzas del coronel estaban en nuestras desdichas, pero había otra razón más personal todavía para provocar aquellos temporales, que aguantaba primero el asistente Lobato y todos nosotros después. Precisamente cuando empezaron nuestros desastres llegó á la tercera compañía el alférez Pinales, hijo del coronel, enviado desde el tercer cuerpo por el General en jefe. Se dijo en el regimiento que el alférez era una mala persona, y que el cuartel general lo mandaba con su padre para ver si éste metía en cintura al mozo, pero como en campaña se habla, por hacer algo, hasta de lo que no se sabe, no pudimos poner en claro la verdad del caso. El alférez Pinales cumplía bien, al parecer, y el coronel era para él acaso más intratable que para los demás, hasta el punto de que nunca le oí llamarle de otro modo que como á un oficial cualquiera. Nada de *¡muchacho!* ó *¡Rafael!*, sino un alférez Pinales más seco y estirado que una correa.

Como os digo, supimos luego quién era Rafaelillo, y por qué estaba en el regimiento. El asistente Lobato había oído entre el padre y el hijo palabras gordas que acababan en borrasca deshecha, y había visto en cierta ocasión al viejo todo temblón y salivoso, metiendo al mozo los puños por la cara y diciéndole con la voz plétórica de ira:

—¡Aquí no se hace lo que en el tercer cuerpo, señor mío! ¡Aquí se anda derecho, porque yo soy muy hombre para enderezarte y hacer que te huela la cabeza á pólvora! ¡Sí, á pólvora!

Dijo Lobato que el alférez calló, y que el viejo se volvió á él y añadió:

—Yo no soy tu padre mientras dure esto: acuérdate de que antes que todo está mi nombre, y de que si tú me lo echas á perder, te mando adonde tú no quisieras ir.

Pero lo cierto es que el alférez Pinales no hacía más ni menos que cualquier oficial del regimiento. Cuando llegó el ataque sobre Garrotales, sí notamos Rodajo y yo (como puede notarse esto en trances semejantes), que el alférez no era de los más aventureros en lo de meterse donde pegaban, como si le importase un pitillo que el regimiento quedase bien ó quedase mal, y mientras los demás oficiales echaban el resto y hasta sacudían el polvo de alguna espalda con los sables, el alférez Pinales seguía al costado de su compañía sin apresurarse.

Llegaron en esto los primeros días de Enero, y con ellos el avance sobre la Mudarra. La brigada pernoctó con el resto del segundo cuerpo en las quebradas de Mudarra de Arriba. ¡Oh excelente coronel Pinales, y cómo te recordamos los que te vimos aquella noche recorriendo los puestos y envuelto en el capote, maltrecho por los azares de la campaña! Junto á la lumbre de los vivaches, y en el fondo borroso de la niebla, aparecía su rostro anguloso y curtido como el de los antiguos guerreros que hacían de la pelea el ejercicio de un culto bárbaro y estrecho. Nos miraba á todos entre ceñido y carifoso, y se sumía otra vez en la niebla diciendo:

—Hay que ver lo que hace mañana el regimiento.

A la madrugada se comió de mala manera un rancho, ese rancho precursor del combate, que está para todos lleno de supersticiones.

Fuera del límite de las quebradas, por detrás de la Mudarra, salpicaban ya el verde mojado del llano los copos de humo del enemigo, que empezaba á jugar la artillería. Junto á nosotros se abrochaba el cinturón Pinales el chico, cuando pasó á veinte palmos de altura la primera granada, dejando oír el cascabeleo de las anilletas. El alférez Pinales bajó la cabeza. Pinales el chico tenía miedo.

Empezó el avance sobre el terreno encharcado. Íbamos á vanguardia, y á los cien pasos teníamos ocho bajas. El coronel iba y venía, cuidando del orden de batalla, impávido, un poco nervioso, algo levantado sobre los estribos. A la salida de la quebrada el regimiento vaciló. Se nos venía encima el universo hecho fuego, y apoyado por él un escuadrón de caballería á rienda suelta. Rodajo y yo nos parapetamos detrás de una paredilla, y desde allí lo vimos, vimos aquella trágica escena espantados, mudos, sin acordarnos de que el escuadrón se echaba encima con el empuje de una tempestad.

Es el caso que el regimiento se fraccionó, se detuvo ante aquel formidable fuego de la artillería, y miró como un solo hombre y tembló... Sí, á pesar de los espumarajos de rabia del coronel, que llegó á romper el sable en las mochilas de los soldados inmóviles, el regimiento se estuvo quieto. Y entonces fué cuando Pinales el chico volvió la espalda, arrojando sable y revólver, y tomó por la quebrada arriba. Detrás de él fueron también algunos soldados de la segunda, ebrios de pánico, saltando como cabras de picacho en picacho.

Pasó Pinales el chico por delante de la paredilla, jadeante y ciego, y detrás, firme sobre el caballo y con el revólver en la diestra, el gran Pinales. Entre el humo y el estruendo le oímos gritar no sé qué, vimos que paraba en seco la montura, y que extendía el brazo y disparaba. Pinales el chico dió una vuelta y cayó de bruces por el empuje de la carrera. Llegaba casi todo el regimiento, seguido por los oficiales, que juraban como carreteros para llamar á la gente al cumplimiento del deber. Por el viejo Pinales debió pasar algo brutalmente horrendo; tiró el revólver descargado contra el primero que pasó corriendo, se quitó nerviosamente el ros y arrancó con doloroso coraje un mechón de su cabello gris.

Corrimos Rodajo y yo, sin atrevernos ni á mirarnos. La sublime atrocidad de aquel tremendo viejo, que recogía su honor arrastrado de quebrada en quebrada, nos había aterrorizado. Cuando llegamos se revolvía Pinales entre la gente, encendido, medio loco; aquellos alientos del coronel iban filtrándose en los pelotones, se revolvía la gente, se miraba con menos espanto, y el regimiento, sumiso y rehecho, formaba el cuadro cuando la caballería llegaba como un huracán relampagueante.

¡Ah, muchachos! Aquella noche, cuando el regimiento, fatigado y victorioso, acampó sobre el llano de la Mudarra, vimos Rodajo y yo en la ambulancia, sentado en el borde de una camilla, al gigantesco Pinales con la cabeza entre las manos, desplomado de fatiga, de horror de sí mismo, de no sé qué espantoso, llorando muy quedo, pensando tal vez en aquel terrible art. 118 del Código, que dice breve y claro: *Pena de muerte... al militar que por cobardía vuelva la espalda al enemigo.*

Rodajo y yo nos miramos sin decir palabra, echamos por otro lado para no ver al viejo, y nos acercamos á la lumbre, porque sentíamos un frío que no era el de aquella noche que anegaba en bruma el llano de la Mudarra.

FEDERICO URBECHA

UNA TROVA

I

—Fué doña Luz educada con santo recogimiento como mujer destinada á la quietud del convento. Humilde, aceptó el camino que su madre la indicó, y en ansias de lo divino bastante tiempo pasó, sin proferir una queja ni dolerse de su mal, ni aun asomarse á una reja de aquel castillo feudal.

II

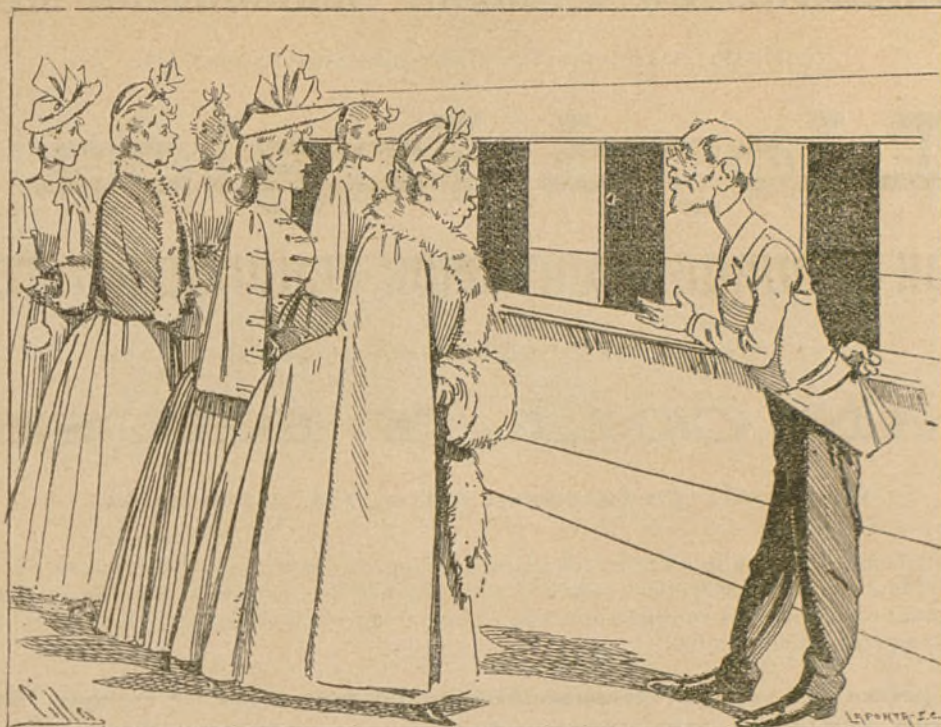
Detúvose el trovador que tal historia cantaba, para ver en derredor el efecto que causaba;

y entonces, dijo la dueña del castillo:—Es ese canto muy bello; sin duda sueña la niña un placer bien santo. Miró luego á doña Inés, que estaba á su lado, oyendo con singular interés lo que iba el cantor diciendo: y—¿Es la historia de tu agrado? preguntó.—Sí, me extasia; ¡lo mismo me has educado casi esa historia es la mía. Y su madre, con amor, acariciaba el semblante, y le dijo al trovador:—Seguid, seguid adelante!

III

—En aquel mismo castillo (siguió al compás de su lira)

En el «Continental Express,» por Cilla.



—Y dígame usted: la Agencia, ¿podría proporcionarme un novio en buenas condiciones para cada una de mis hijas?

Los impermeables baratos, por Cilla.



Con este impermeable de 20 pesetas que me he comprado... ¡venga agua!



Lo dicho... ¡venga agua!



¡Gran Dios! ¡Como estoy!

también vive un pajecillo
que por la joven suspira.
Y aunque pocos años cuenta,
tiene un alma tan gallarda,
que ni el peligro le ahuyenta
ni la lucha le acobarda.
Que hay en su cuerpo elegante
suelto, flexible y ligero,
un corazón de gigante
y unos músculos de acero;
y venció en muchas batallas
después de una lucha loca,
y escaló muchas murallas
con la sonrisa en la boca.
—¡Un valiente! ¡Si eso es llano!
¡un mozo de corazón!
exclamó un guerrero anciano
que escuchaba en un rincón.
—¡Callad, Ferrando, callad!
—Señora; si fui importuno,
perdón...—Trovador, cantad;
¡que no interrumpa ninguno!

IV

—Nadie resiste al poder
de una profunda pasión,
porque se acoge en el ser
con caricias de ilusión.

Y la niña de mi cuento,
cuando oye al paje expresar
su amoroso pensamiento
con dulzura singular,
comprende al fin que la calma
de un claustro no es lo mejor,
y que Dios no hiciera el alma
si no formara el amor.
Y se empeña una partida,
en la que la pobre ya
siente que toda su vida
en pos del paje se va.
Y la madre que la ceba
la advierte poco tranquila,
y hace mayor su cautela,
y mucho más la vigila.
Pasa así un mes y otro mes,
y hecho cárcel el castillo,
ella no ve ya á sus pies
al gallardo pajecillo.
Muéstrase éste cejijunto...
¿Qué hacer en tal situación?—
Doña Inés—en este punto,
interrumpe la canción;
y dice:—El caso es sencillo;
la situación no es tan mala...
¿No hay rejas en el castillo?...
¿No tiene el paje una escala?...
LUIS DE ANSORENA

MENUDENCIAS

Tenemos en cartera, para insertarlos en el próximo número, trabajos literarios de Cavia, Frontaura, Jackson Veyán, Montaña, Palacio y Taboada, y artísticos de Cilla, Huertas, Menéndez y Palmar.

—Hola, chico, ¿qué hay de bueno?

—Nada.

—¡Nada! ¿Cómo así?

Te separaste de mí
para ir anoche al estreno
del drama de Juan Esbri...

¿No encontraste acaso entrada?

—Sí, mas la respuesta es dada
conforme á lo que indicaste:

—¿Qué hay de bueno? preguntaste.

Y te he contestado:—Nada.

Libros: *Ocas de ayer*, poema en dos partes, por Luis de Ansorena.
El buen Jerónimo, poema en cuatro cantos, con una carta de don
Ramón de Campoamor, por el mismo autor.

De venta en las principales librerías, al precio de una peseta.

Imprenta de Enrique Rabal, plaza de la Puja, 7 bis.

THE UNDERWRITING & AGENCY ASSOCIATION LIMITED

COMPUESTA PRINCIPALMENTE DE MIEMBROS ASEGURADORES DEL

Lloyd Inglés.

COMPAÑÍA DE SEGUROS MARÍTIMOS, FLUVIALES Y TERRESTRES

AGENTE APODERADO EN MADRID

JUAN COLL Y BRUSEL

Calle de Cedaceros, núm. 14, principal.

Esta acreditada é importante Compañía, efectúa toda clase de Seguros Marítimos y las remesas por correo, ferrocarril y transporte marítimo de toda clase de valores como *metálico, billetes de Banco, cupones, títulos de la Deuda, acciones* y cuantos documentos representen un valor. Las ventajas que esta Compañía ofrece á sus asegurados, tanto para el riesgo marítimo como para el terrestres, son las siguientes:

Economía en la prima del seguro. Responsabilidad de toda clase de riesgos, incluso el de robo, incendio, pérdida por accidentes á los trenes y buques y cuanto constituye fuerza mayor. Facilidad para efectuar los seguros. Facilidad para el cobro del valor asegurado en caso de pérdida.

El objeto de la Compañía al establecer Sucursal en España, es á mas de extender sus operaciones, facilitar á las numerosas personas que hasta ahora han asegurado en Inglaterra por medio de sus corresponsales, puedan efectuarlo directamente en sus respectivas localidades, ofreciendo á sus asegurados las ventajosas condiciones de la póliza conocida por LLOYD'S POLICY y evitando así la dificultad que muchas veces se ha presentado de que algunos receptores ó banqueros no hayan querido aceptar giros contra *mercancías vendidas, costo flete y seguro*, á no ser que la póliza remitida sea la ya mencionada del **LLOYD INGLÉS**.

También asegura á las condiciones de las pólizas de las demás Compañías tanto nacionales como extranjeras, caso de ser preferidas por los asegurados. Los siniestros se pagarán en el punto que designen los asegurados.

EL POBRECITO HABLADOR

PERIÓDICO DECENAL, LITERARIO, ILUSTRADO

Se publica los días 1.º, 11 y 21 de cada mes.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

España.

Trimestre.....	2	pesetas.
Semestre.....	3,50	id.
Año.....	6	id.

Ultramar y extranjero.

Año.....	12	pesetas.
----------	----	----------

PRECIOS DE VENTA EN ESPAÑA

Número corriente.....	15	céntimos.
Id. atrasado.....	25	id.

PUNTOS DE SUSCRICIÓN EN MADRID

Librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo; kiosco de la Universidad, plaza de Santo Domingo, y la Administración de este periódico, Apodaca, 7, segundo izquierda.

Pagos adelantados.

Horas de despacho: De diez de la mañana á una de la tarde, y de siete á diez de la noche.

Único capataz encargado de la venta en Madrid:

D. Julián Rodríguez, kiosco de la Universidad, plaza de Santo Domingo.

Martínez y Torres.

COMISIONES Y CONSIGNACIONES

Calle de San Miguel, núm. 19, bajo izquierda.

«Northern» Assurance Company.

LONDRES-ABERDEEN

COMPAÑÍA DE SEGUROS CONTRA INCENDIOS

Y SOBRE LA VIDA

ESTABLECIDA EN 1836

Premios incendios.....	£	615.000	} Año de 1889.
Id. vidas.....	£	203.000	
Intereses.....	£	149.000	
Fondos acumulados.....	£	3.581.000	

AGENTE APODERADO

JUAN COLL Y BRUSEL

Cedaceros, 14, Madrid.